

y tienen su salida natural hacia la calle de Gomeles, hallábase establecido desde hacia años un mozuelo semimacno, mas rapado y relamido que plato de dulce en poder de pajes. Su nombre de pila, segun confesion de parte, era el de Pedro, pero sus constantes parroquianos, á quienes divertia con las rascaduras de su vihuela y los sonidos de su canto, entre acento de rabel y de jo de rebuzno, lo solian denominar Periquete, y por antifrasis el Caporal de los barberos de la ciudad. Para mayor lustre y nombradia habia puesto sobre la puerta de su zaguan, que tal era el local de su taller, un letrero grandilocuo en letras abermellonadas, que corregida su ortografia decia:

*Tienda de barrer cachetes y desplumar gargüeros.*

El rótulo no era en verdad muy lisonjero, y de aqui que ciertas dueñas marisabidillas murmurasen de la pericia en el arte de su convécino, que por otra parte no era bocado para desperdicio. Los que frecuentaban su casa protestaban de su honradez, juraban y perjuraban ser cristiano, no viejo, sino rancio, puesto que su padre y su abuelo, por caprichos de la justicia, habian sido colgados en lugar competente por estafadores y truhanes. Periquete no conservaba tan amarga memoria; cuando se le preguntaba por su prosapia certificaba de la alteza de sus progenitores y doblaba el capitulo. Ciertas malas lenguas decian haber heredado el hijo los amaños de sus ascendientes, pero esto no pasaba de ser una suposicion como cualquiera otra; es verdad que escamoteaba un melon, que para matar el tiempo llevaba siempre consigo un baraja roñosa, pero tambien traia una na-

vaja de cachas negras de media vara para picar el tabaco, cuyo uso acababa de ser introducido; por lo demás aquellas habilidades no eran mas que recomendaciones para la persona de Periquete.

Hallábase sentado un día por la mañana en un sillón de pelar, aserrando las cuerdas de su violín, esperando que al reclamo acudiría abastecimiento, cuando por la abertura que dejaba espedita una media cortina de holán gallego, estampada á nubarrones de aceite y mugre, asomó la cabeza un mancebo de aspecto ladino y truhanesco que dió á nuestro Periquete los buenos días.

—Válame Dios, dijo Periquete, y que perdido anda su merced; entre si le place, que en medio de estas ruedas de amolar, de estos escalfadores, vacias, paños sucios y moharraches, tengo yo para vuesarcé una silla despellejada.

A pesar de los tratamientos el recién llegado era ni mas ni menos que un mozo de acarrear la fruta de unas huertas.

—¿Cómo anda el trasiego, Periquete, se utiliza el oficio?

—El oficio, contestó este, de mal en peor, y temo que con los escamoteos se vayan á perder los pulsos.

—¡Ay cuitado! repuso el otro, no sabes lo que te pescas, así afeitaras las barbas como afeitas los bolsillos; pero es el caso que de trote en trote te has subido al camarote y ya hasta los gregüescos no están seguros en tus uñas y los parroquianos te desuelan que se las pelan.

—¡Calumnial dijo el barbero, por una vez que

maté un gato, me llamaron matagatos; yo vivo honradamente, de mi oficio....

—Como yo, descompaginando la faltriquera de prójimo; pero es el caso que corren malos tiempos, nuestro comercio anda por la moneda baja, y si no se adopta un nuevo rumbo, al fin y á la postre daremos con nuestros cuerpos en las garapas.

—Otros vendrán mejores, repuso Periquete.

—Y tanto, maese; tengo yo aqui unos propósitos.

—¡Propósitos y no ponerlos por obra! veamos, seor galan, que propósitos son esos.

—Vive en la Antequeruela, cofrade amigo, una moza de singular belleza y recatado aspecto, su padre segun noticias es un judio rezagado, con hábitos de cristiano, lo cual no le quita para que calce el robo. Hame venido al olfato que producto de la mas refinada mohatreria ha allegado caudal que estaria á buen recaudo en nuestras manos, y como posible seria hacer jugada qué por todas nos valiese, partiendo á escote, acordeme de tu persona, como pintada para zurcir un casamiento.

—Acertado andaste, gentil cofrade mio; y si como barrunto el caso está tan bien pensado como tus anojos me lo han digerido, anda enhiesto, que en cuestion de maravedises, mas ligero soy yo en los traslados que un procurador en hacer notificaciones.

Riyó el muletero el simil del rapista, y abandonando la puerta del zaguan, tomó asiento frontero de su cofrade.

—Maravillame, Juan amigo, el cómo de tu aventura, y á pensar no acierto que doncella tal, tan her-

mosa y tan recatada, la hayas puesto en trance de enamoramiento.

—Pelos no soy de cochino, y aunque á mi vestimenta referirte debes, mas traída y per llevada que sotana rota en hombros de monecillo, contarte he el origen de mis amores, que por la hilaza ha de sacar tu mollera lo bien fraguado de la trama. Hará como cosa de un año que viéndome en la tristura de no poder dar ocupacion á mis muelas, atormentaba allá mi caletre, ideando como salir de situacion tan precaria, que con el desuso y la carencia de alimentos entelañados se me habian puesto los dientes, y mas que ser humano, semejábame en la forma á un alma en pena condenada á vagar por este mundo. Hallábame cierto dia pensativo y macilento á la puerta del corral de comedias, aguardando requerir ocupacion que en algo reportase mis necesidades, cuando di de manos á boca con cierto gentil hombre, amigo mio de la infancia, el cual reconociéndome con trabajo, despues de referirle mis cuitas, tomome bajo su proteccion. Erase el tal el primer farsante de las comedias, y con decirte que sus primeros años los pasó de trainel, formaste debes exacta idea de su persona y cualidades. Conocile en Salamanca honradamente ocupado; era el portador nato de todo billete amoroso, y aunque del oficio se resentian á veces las costillas, una buena propina, jabelgada de algun jubon desechado daban contentamiento al enojo y buen trago de la costa al olvido lo pasado. El abandono de su persona y cierto descuido en la policia de sus manos que no eran para quedarse en requiem, llamó la ojeriza de los corchetes, y sin mas ni menos me le aplicaron el rigor de

no sé que pragmática que prohibia llevar crecidas y acareladas las uñas. Ello es lo cierto que, para evitar mayores males, puso su bulto en cobro, no sin haber recibido antes por viático un par de docenas de pencadas, á buena cuenta de cuatro que aquellos doctores le propinaron en sus recetas. Como su ingenio lo hizo cómico y poeta entremesero contártelo ha él en ocasion mas propicia; bástete saber por ahora que desde aquel dia habitamos un mismo meson y dividió generosamente conmigo sus si bien escasas provisiones. De todos es bien sabidos que la gula embota los entendimientos, y como los nuestros, gracias á la poca grasa alimenticia, se hallaban en perpetua vigilia, buscamos el modo de dar ocupacion á las facultades, no fuera que con el desuso cayeran en alargaramiento, y convinimos me disfrazara con los vestidos de caballero que usaba Alfonso en sus entremeses, y recorriera la ciudad en observacion de rebuscos donde ensayar nuestras habilidades, sin escitar sospechas. Hicelo como lo habia pensado; pero cáta-te, Periquete amigo, que despnes de haber recorrido gran trecho de la ciudad, cuando desmayado el deseo y frustrado el propósito, puse la proa hácia mi zahurda, al envainarme por el tragadero de la carrera de Darro topé de manos á boca con Dorotea, que tal es el nombre de mi enamorada, atropellome la atencion, quedándome inmóvil como un postel; no acertando á pensar si eran antojos ó realidad lo que mis ojos veian.

Frisa Dorotea entre los diez y nueve á los veinte, sin pelo de barba, rubia como las candelas, y tan alba como si se hubiera jabelgado el rostro con

espumas de cataratas; venia arrullando sus ojos bajo la sombra de sus pestañas, impresionando con cada vuelco una vida á la atencion mas difunta y mas muerta al propósito de nunca más pecar; columpiaba la esbeltez de su cuerpo en dos chapines de un tejido encarnado que hacian nacer los deseos una rebeldes; no pasaba albedrio á quien no diese un trasquilon, ni alma á quien no intimase un sepan cuantos de captividad; era la doncella para poseida, con licencia competente, que en cada guiñadura porfiaba halagos y vertia fruiciones. Venia acompañada de una dueña haldada, arrebujaada en un manto de anascote que besaba la tierra y trasero á ambas cierto embardurnado mozalvete de esos que convidan á fruta; púsome en ascuas su desenfadado porte, que érase el tal enfaldado de persona, rollizo de gambas, con dos gibas por pantorrillas, ácedo de aspecto, torbo de ojos, y el rostro amusco y sapilcado de ungüentos; caiale su sombrero atusado de alas como vacinilla de demandante sobre la oreja derecha, traia casaca de dos faldones, capa esclavina que le besaba los hijares y debajo del sobaco una que mas que espada esemejábese á un asador de cocina.

Encendiome la moza en yesca, y hecho cenizas el juicio seguila maquinalmente, no sin que la doncella me agujara de cuando en cuando el paso con el menudeo de sus zahumerios. Cuadno hubimos llegado á su casa, separose el mozalvete que era ni mas ni menos que un cierto primejo suyo, con lo que ella á la reja y yo en libertad de aprovechar sus guiñaduras, que por cierto no le parecí saco de paja, dí una puñada al sombrero y me avalancé á la reja; zarra-

pastroso de palabras, con la voz en cuclillas, y temeroso de ser sorprendido, regalela con escogidos requiebros y blandos estribillos, que al fin menester era no desmentir el disfraz, con lo que quedó la doncella tan pagada de mi discrecion como yo mareado con sus deslumbros. Dejé en lo firme nuestro cariño, con las visitas amenudearon los afectos y se encendieron nuestros deseos, pero á fuer de honrada no ha consentido seguirme sin previo casamiento. Accedí en hacerlo, y bajo promesa de que iria acompañada de las alhajas y dinero del padre, que para su sustraccion le proporcioné una ganzúa, concertamos que esta noche cuando la campana de la Vela tocara las doce, estaria yo al pié de su reja con el cura y los testigos: Tu fuiste manguillero de parroquia allá en tus tiernos años, y como supongo conservarás algo del romance, no tengo que encarecerte la importancia de tu papel.

—De perlas me parece todo eso, dijo el rapista que hasta entonces habia escuchado atentamente; ¿y el padre?

—Ladino es por cierto, pero le he rehurtado el cuerpo y sospecho que está á oscuras de lo que pasa.

—¿Y los testigos? volvió á preguntar el barbero.

—Veraslos pronto, que aqui los tengo citados, y á lo que presumo tardar no deben.

—Descanse en paz vuesarcé, dijo el barbero, que ya yo tengo atados los cabos de ese ovillo, y rodará la pelota á satisfaccion propia y provecho comun de partícipes.

—Asi es lo prometido, dijo el muletero.

—Gracias por el recuerdo, maese; y como en bue-

na correspondencia de mis servicios esperó me otorgue vuesarcé otro, que no le cede á ese en cuantia.

Interrogó el muletero con la vista á Periquete, el que afectando una gran reserva dijo á su cofrade entre muelas, que en cierta malaventurada pendencia habia perdido los dientes.

—Entre las consejas de tiempos allende la conquista, hay una que por su donosura haria reir á un muerto. Sábeté que estando noches pasadas en una de las casas llanas próximas á la plaza Bibalbot, la oí de boca de Maria la Toledana, y como por sus circunstancias podemos esprimirle el jugo, acordeme de tu persona, como amoldada para el garbeo. Cuéntase que en cierta familia de la Alhambra, cuyo nombre no recuerdo, se hallaba vinculado ha años un muy curioso papel que se decía ser version de una receta árabe. Cundiose entre las gentes su contenido, y como los sotiles y almidonados pululan que es un prodigio acogiose la patraña, que en sustancia no era mas que la noticia de un tesoro de gran cuantia que estaba escondido en el Haza de la Escaramuza; pero estando encomendada su custodia á la guarda de un feroz toro, inútil era inquirirlo si antes no se le amansaba.

Para conseguirlo, dicen ser necesario ir á aquel sitio cuatro personas, tres mujeres que se llamen Marias, de las cuales una al menos estuviese en doncelléz, y un apuesto manebro llamado Juan que habria de ser soltero. Y como el toro ha de tener mas humos de señoria que los que en Colcos guardaban el Vellocino, es circunstancia indispensable que las mujeres vayan profusamente aderezadas, llevando pro-

visiones de boca y vino generoso para hacer banquete en aquel punto; y á eso de entre once y doce, al comedio de la cena ó al postre de ella, aparecerase el toro bramando, acometiendo al corro, el que con serenidad y aplomo habrá de dejarlo venir, y levantándose las tres Marias, teniendo al Juan y á la doncella de por medio asidos de las manos, los dos han de estender á una las suyas, poniéndolas al toro en los topes, que con este recibimiento quedarase mas domesticado que un cordero, y abriéndose al punto la tierra cave el toro, manifestarase la encantada riqueza, con la que y los dedos limpios no habrá mas que ponerla á buen recaudo.

Esta es la estraña historia en la que esta misma noche, sin incompatibilidad de tu proyecto, con el licor que ves en aquella redoma, saldrás avante con tu papel de protagonista, que un par de gotas del brebaje mezcladas al vino que habrase de gastar en la cena, hará caer en sopor á las tres Marias, en tanto que tú las aligeras de los aderezos y joyas que las principales damas ganosas de ver el éxito de la tentativa, han prestado á Maria la Toledana.

—Gentil proyecto, dijo el muletero, asi y en verdad que habré de presentarme á Dorotea ataviado con algun dije, que amostazado teniame llevar lucio el vestido, sin añadidura ni condimento que diese buena cuenta de mi persona, y en Dios y en mi ánima que en cosas de galima corto de tijera muy delicadamente.

—Negocio es de gran balumba, con que al gran geo, seor galan; que apenas vengas aprestado has de toparme con el disfraz competente y pondremos ma-

nos en tu causa; pero cuidado de no despegar los labios que hay moros en la costa, y aquí no debe haber escote fuera de vuesamerced y la mia.

En esto estaban cuando pisaron la puerta del zaguán el militar y el poeta entremesero que acudían á la cita.

Érase el primero un perillan vitela, limado de carnes, y el pelajo vestido á la osamenta; echaba por piernas dos listones de hueso mas seguidos que el camino de Roma, su cara amolada en necesidad mas hambrienta que una dieta, tan hundido de ojos que todo era indicio en él de un estómago en pena; pisaba con dos atahudes en vez de cormas, medias negras y salpicadas de puntos ceñánle los piés; traía en torno de los muslos unos zaragüelles indicados de calzones, érase de ver su casaquilla negra tan entretenida de remiendos como salpicada de pespuetes, en la cual por la parte que corresponde al pecho veníause ahorcando seis ó siete bolones; completaban su extraña figura una espada atravesada por los riñones, y una campa medio ahogada bajo el sobaco. Asemejábase su descomunal bigote á una media luna de picar turrón, y ciertos ademanes y miradas certificaban de la truhaneria de la persona y de su pertenencia á la casta de los jaques.

Venia colgado de su brazo el poeta entremesero amolado en hembra, lamido de gambas, mas almidonado que roquete de sacristan de monjas, y su rostro mas enharinado que rata de molinero. Columpiábase sobre los pulgares con sus vaivenes de escampavía, y sus vestidos en apariencia buenos venían ofendiendo las narices á fuer de almizclados é incen-

sados. Erase en una palabra catedrático en modos de emblecos y trazas de hurtar.

Trabaron los vinientes plática animada con los estantes, con lo que á poco los unos y los otros quedaron pagados de la visita y puestos en autos de lo proyectado, no sin haber antes establecido las condiciones de los servicios que en ambas tan singulares como arriesgadas aventuras habian de [prestar. Que á mas de no ser zurdo el poeta, érase el militar temerón y pendenciero, y maese Periquete no queria verse de papel de solfa por un quitate allá esas pajas.

Quedó pactada la particion del botin en cuatro lotes iguales, como entre gente que vive del oficio, sin capitan director, ni propinas, ni almozarifazgo; y por ser cerca de medio dia y con mas necesidad los cuatro que un noviciado, marcháronse, faltos de blanca que los abonase en un figon, casa de Maria la Toledana, adonde pasarian el dia hasta que viniese la noche y con ella la realizacion de las aventuras.



te, de notarse eran los alambiques, redomillas y barrilejos de alambre, de vidrio y barro de formas extrañas y diferentes. Conténian los unos soliman para estirpar las verrugas del rostro, lucentores y clarimientes para enlustrar la frente y cachetes; verdeaban en los otros el zumo de limones, agraz y taraguntia, con otras confecciones para tener atusado el cuero; habia en los de acullá legias esprimidas de sarmiento y marrubios para enrubiar lo atezado y dar de oro el cabello; enjundias y mantecas, aparejos para baños, lavativas para enjuagarse los oidos, vizmas y mostaza, estoraque y yerba pajarera, vejigas para conservar la manteca, agujas de colchonero, hilo de hilvanar encerados, albarranas y otros condimentos para hacer de lo negro blanco y de lo blanco negro y vender gato por liebre.

Dicho se está que la dueña era perfumera, afeitadora con sus remates de ensalmadora, maestra examinada de trafagos y diabluras, como que el barrio la acusaba de hechicera y de que sacaba la médula á los difuntos. La noche en cuestion como ella viera que el temor dominaba á las dos Marias, temerosa de desahucio, mal asistida de dientes, con los ojos mirando por buçina, encorvada como arco de indio, juntando la nariz con la barbilla arremangada á manera de garra, marmullaba estas ó semejantes razones.

—Hijas, no es tan bravo el leon como lo pintan, afuera dengues y remilgos, que no se cogen brebas á bragas enjutas. Vieja soy, pero nunca como ahora ha estado el mundo para dar un estallido; miren que gentil reparo; si entendiérais que se vende mas caro un real de á ocho que un eclipse de luna, no habria-

des tanta pavora, y todo por un fantasma toro, cuando tantos y tan fieros se domestican todos los dias. Landre me mate si tal hube en mi vida. ¿Qué se hicieron, hijas, de aquellos firmes propósitos? á fe que tomarais bien mis lecciones; lo que conviene es ha-yamos.

—Ay madre, no me llega la camisa al cuerpo; ¡guay de mí! que con las razones de este buen señor, los pelos se me han puesto de punta.

—¿Qué es esto, hija Maria? ¿qué esquividad es esa? ¿A qué viene ese retraimiento? ¿quieres dejar á tu madre en los cuernos del toro? Malos mēgues carguen con tu pellejo; barruntos me van dando de que todo se lo lleve la tarasca. Pero avísote que no soy de las que se embaucan, y como se me revuelquen las enjundias mas negras que cordoban habrás de verte las costillas.

No hubo menester la Maria de mas para poner punto en boca.

—¿Habreisla de tratar asi, señora mia, dijo el poeta, por el natural temor que le infunden sus antojos?

—Válame el diablo, añadió el militar, si yo le encuentro desmesura para tamaño reproche.

—Pelitos á la mar, tia, exclamó el rapista, no tiene mal trabajo la cuitada.

—¡Cuitadita! dijo la Toledana, y como no topan vuesaercedes con su esquivez! no es el toro, sino cierto mancebito de luengas guedejas, y vaga el galan un ayuno barbiponiente, la que la tiene desbarajustada; si te lo he dicho, hija Maria, ahí te podrirás toda tu vida hecha una bestia, y esto lo doy por hado.

En vez de servir la intercesion de calmante, puso

en asaz á la Maria, y perdido todo miramiento, se abalanzó como una tarasca á la vieja.

—Abuela maldita, tejedora de caras, moño rapante, enflautadora de personas, advierte que como á mí se me vaya la lengua cantar he del pé á pá tus fechorias; habrase visto la taimada; hame prometido del tesoro algunos maravedises, y no satisfecha de su avaricia, quiere regalarme con mil dicterios.

—Bebamos lo amargo por el provecho, así y sin más mañana he de ponerla en lo del rey, murmuró entre encias la vieja. Hija Maria, y que rebelde estas, añadió en alta voz; no parece que vivimos entre cristianos de como te han puesto tus despechos; yo no he hablado de maravedises, ni de tercera parte, me contento con una suma moderada para renovar los unguentos de mis cacharros y redomas que tan buen servicio os prestan; si he ofendido, perdona, hija, que tambien el sabio yerra, y en Dios y en mi ánimo que no he tenido intencion, no ha sido otro mi ánimo que purgaros de los ascos con la codicia de la fortuna.

—Ta, ta, ta, y á qué vendrán esas reconvenciones, tia, dijo el rapista, que veia encrespada la reyerta y desvanecerse su propósito; cuando ya se ha hecho el gasto y los preparativos, estas tenemos? vaya! dé contentamiento á esta dama y no se hable mas palabra del asunto.

—Bien dijiste, hijo, dijo la vieja, así derrame Dios sobre tí sus favores como tu discurso derrama consuelo sobre esta pecadora criatura; no habia menester para tí mi voluntad de aparejos, que bien ganada me la habias, pero con la aficion que me mues-

tras, quédote tan obligada, que no habrás de arrepentirte de tu hidálguia.

Reanudose la concordia entre las dos Marias, en tanto que la otra tenia trabada sabrosa plática con el militar y el poeta.

Referia el primero sus batallas á la doncellita, y mostrábale sus chirlos y cicatrices; maldecia de los entuertos que habia padecido en su carrera; conservaba rastros de algunas docenas de enveses y correcciones, y acusaba al rey y á sus palaciegos de injusticia; no habia hazaña en que no hubiera sido el Bernardo, y aunque la moza no sabia leer, desplegó un cartucho de papelotes en que se hallaban certificadas sus valentias.

Prometiole el farsante fama póstuma, ya que en vida no la habia alcanzado, con cierto lugar que habria de darle en un famoso poema que pensaba componer á los innumerables mártires de Zaragoza y á su matador el rey Agrages, con lo que quedó el militar sino envanecido, al menos pagado de la prez que de tamaño asunto habia de reportar en lo futuro. Cierta es que mas hubiera agradecido un escudo de á ocho; pero érase el tal soldado de los que delgado hilan, y bien comprendido se tenia que los tiempos han de tomarse como vienen, que en materia de blancas mas escurrido estaba el poeta que su propia merced, y con ofrecerle jácaras no confeccionadas mas prometia que lo que en razon exigirse pudiera.

El muletero que no habia dicho esta boca es mia, y como para captar confianza, habiase revestido de cierto aire pácato, encandilaron sus ojos los turbios

de la Maricuela, y al descuido de los circunstantes, postrada toda circunspeccion, comenzó á requebrarla.

—Ea, mi alma y mi tú, no pongas mientes en esos malandrines descortesés, venirse ahora con batallas y con jolgorios de versos, y á buena parte, penas me maten, si no me matara yo por dar solaz y contentamiento á tus ojos; mas chica ó mas alta la podrá haber, pero mas perla que tú es mentira; en esos brazos me ahorquen, preciosa, que por agradar á tus clisés mas aventuras habia de correr que tropiezos el hidalgo manchego.

Tendió una guiñadura la moza al muletero, y entre es sino es esperezos; largole una risa regalada y con las risas concertose la simpatia por un suave apretón de manos.

Ojos que tal vieron y como se amostazó la Tole-dana; encendióse en ira el rostro y á punto estuvo de hacer rodar los trevejos y cacharros.

—Tenga usarcé, seor galan, que va mal en lo que piensa; doncella es y muy mucho recatada, y no está de pasto para tales libertades. Y tú, hija, hayas mas recato es lo que quiero, no te confiaron á mi guarda tus padres para demasias.

—Mal haya, tia, si tal hice, no soy tan liviana como se piensa, que aqui como me vé, di la mano á este señor tan solo por cortesia, y si lo ha de haber vuesa merced por enojo, estatua me quedo.

Púsose el muletero mas colorado que un tomate, que bien se tenia aprendido el como y el cuando del fingimiento.

—No es por el huevo, seor galan, dijo la vieja;

doncella y sin recato, ¿qué habredes de pensar de su desenvoltura?

—Así en efecto, añadió el barbero, y muy ancho le ha de venir el consejo si lo toma.

Como le oyó decir al barbero esto, dijo el Juan:

—Tras eso mismo ando yo, llevado por bien que me ajusten el cabestro; pero si la madre Maria ha de andar con estos dimes y diretes, en vez de cera, haránme fiera sin domesticar.

—No des tu brazo á torcer, simplon, añadió el poeta; y ¡vaya el pacato! no ha dicho esta boca es mia; y por quitate allá esas pajas, tieso que tieso.

En manos está el panderero, ¡hum! pues como yo me amosque, trabajo mando á voacodes, que yo bien me sé donde me aprieta la corma.

Fingia el bribon con tanta naturalidad, que entendi6 la Maria háberse las con un sutil.

—Miren y que bellaqueria; no está la miel para la boca del asno, seor gentil hombre, dijo calladamente la vieja al militar; como ha visto la doncellita, ¡vaya!

—Con que ello doncellita, repuso el militar.

—Así como vuesarcé lo oye; es requisito indispensable para adquirir el tesoro, que á no, el toro nos espanzurraria.

—Y así como suena! por vida, madre, que tal no creyera.

—¡Ah, don bellaco! los ojos se te salten si verdad no digo; anda, anda, ¿figuraste acaso encontrarla pe-treras?

—No digo tanto, señora mia, si digo que no digo

nada, que razones no ha menester quien ostenta autoridad y maestria.

—Ah don solapado! refunfuñó la vieja, andaste estraviado en tus antojos que no alcanzan á tanto mis confeccionamientos, y aunque alfayata no enebra mi aguja tan delicados respuntes.

—Así es ello, dijo el barbero, que el caso es peliagudo para andar á sabiendas.

—Demos corte á este incidente, caballeros, dijo el poeta, que la hora es avanzada. ¿Quién fuiste tú que tal sospechaste, seor gentil hombre? haya paz y armonía que están estas damas á dos dedos de irse, y no es bueno que lleven reproches á cuestras.

Pusiéronse de pié los cuatro, aprestáronse las tres Marias, llevando en medio al Juan, saliéronse para el Haza de la Escaramuza, provistos de una suculenta cena, de vino en abundancia, y el muletero de su redoma con el narcótico.

La casa quedó encomendada á la guarda del barbero, el soldado y el poeta, que como el curioso lector verá dieron buena cuenta de la confianza.

